



LAGO DE CHAPALA. JALISCO.

Tenemos en México bellísimos panoramas, paisajes de indescriptible hermosura, mirajes y perspectivas dignos del pincel de los más grandes artistas, de la pluma de los mayores literatos. No podemos envidiar las altísimas cataratas de la Suiza y la Noruega, porque se encuentran en nuestras sierras; no necesitamos echar de menos la fertilidad y la exuberancia del suelo brasileño, porque la excede la pompa de nuestra Huasteca, ni nos la envidiar los volcanes y los nevados picos de los Andes, porque nuestros colosos de granito alcanzan hasta el cielo frentes de plata.

Asimismo podemos replicarle á los viajeros que nos cuenten las delicias del lago de Como y del Lago Mayor, que tenemos los encantos del Chapala. ¡Lugar propicio á la divagación, al recogimiento, á la soledad, al reposo del alma y del cuerpo, y al recreo y á la distracción y á la alegría! Á todas las impresiones y á todas las emociones!

El simple turista halla en aquel sitio diversidad de entretenimientos que le permiten pasar agradablemente la temporada: ora toma los baños en la playa y se dedica al ejercicio de la natación; ora prefiere el remo, y forma parte en las regatas que damas y caballe-

ros organizan diariamente; ora sale de pesca, en la que es abundante el lago; ora en el muelle que aparece en el grabado, encuentra vá pores de acero, como "El Carmelita," en los cuales se emprenden excursiones á las islas ó á diversas poblaciones ribereñas.

Si el viajero es dado á los ejercicios de entretenimiento. El artista verá, sin jamás cansarse, aquellos crepúsculos indescriptibles, esas coloraciones y tonalidades incopiables, cantadas por el poeta, los mil celajes y matices, que, á cada hora, á cada instante, empapan el ancho firmamento y se cuajan en las aguas del lago, convirtiéndolo en ópalo gigantesco de deslumbradoras vislumbres.

Y el pensador, el soñador, asistirá á los variados murmullos de la tarde; dejará correr las horas sin pretender detenerlas; contemplará absorto y silencioso la orla de una nube, la espuma de una ola, la luna retratándose fantásticamente en el inmenso cristal de la laguna; oirá el ruido de los remos, el eco de las músicas, y aspirará gozoso aquella frescura deliciosa, que presta bienestar al cuerpo y encantador esparcimiento al alma.....



MONUMENTO Á COLÓN. TOLUCA, ESTADO DE MÉXICO.

Los lectores del Album verán en esta página el monumento más importante que puede contemplar el viajero en la activa Toluca. Es la estatua del almirante genovés, cuyo genio hizo surgir un nuevo mundo de las olas. Hállase esta obra de arte en la antigua calzada de Capultitlán, hoy de Colón, que es una de las más hermosas avenidas y paseos, no solamente de Toluca, sino del país entero. Inauguróse este monumento el año de 1892. Primeramente se pensó colocar la estatua del inmortal genovés sobre la gran columna corintia que ocupa una de las glorietas del Paseo, columna que fué erigida con ocasión del cuarto centenario del descubrimiento de América.

Aunque es bastante hermosa por sí sola, no resultó lo suficientemente resistente la columna para que pudiese sostener la estatua. Esta descansa sobre ancho pedestal, en el que se lee una inscripción, que manifiesta haberse erigido el monumento por el pueblo y el go-

bierno del Estado de México, asociados con la colonia española de Toluca. En los costados está el escudo de armas de la Nación. Hay otra leyenda en el zócalo, en la que se ensalza á la reina Isabel la Católica, y á todos los abnegados colaboradores que la secundaron en la obra gloriosa de Colón.

Otro costado presenta el escudo de las torres y los leones, y, finalmente, la figura del genio genovés descansa en un plinto pequeño, sostenido sobre un gran globo, que parece el mundo soñado en los delirios de aquél á quien casi todos tomaron por loco, menos una mujer generosa, que supo leer en su frente el secreto de un mundo nuevo, que había de añadir las más bellas joyas á su diadema de reina. La actitud del almirante es imponente; bien tratados los paños que caen en majestuosos pliegues, extendido un brazo que parece señalar el término del horizonte, é inspirada y alta la frente, que arrancó un mundo de la nada.



La ciudad de Toluca se asienta sobre el valle más elevado del Anáhuac, y uno de los más altos del mundo. Liégase á esta imponente altura, después de atravesar el valle de México, situado ya á 2,250 metros de elevación; y, cruzando la aguada sierra de las Cruces, cuyos pasos más elevados, donde reina glacial temperatura, se hallan á los diez mil pies sobre el nivel del mar, se da vista á la hermosísima comarca que limitan al Sur las majestuosas aristas del Nevado de Toluca y cuyo centro ocupa aproximadamente la pintoresca población del mismo nombre. Desde el puerto de las Cruces, aún se ven espejear á lo lejos las tranquilas aguas de lo que fué en un tiempo anchurosa laguna de Lerma, y que hoy ya no son sino angostos y prolongados canales y acequias que el viajero va costeanando cuando marcha á lo largo del camino de la ciudad del mismo nombre. En épocas más remotas todavía, en los mismos tiempos prehistóricos, el valle todo de Toluca fué inmenso lago, contenido dentro de los bordes naturales que le forman

las montañas, y cuya salida está formada por el Lerma, hacia el vallecito de Maravatío. La natural desecación del valle en el curso de las edades geológicas y el aprovechamiento de las aguas de la antigua laguna de Lerma, han producido esta transformación; pero si la comarca que rodea á Toluca no tiene ahora la cantidad de agua que en épocas antiguas, las tierras, saturadas de limo, ofrecen una fertilidad inagotable. Nada más hermoso que contemplar, desde las alturas del cerro del Calvario, vecino á la ciudad, los rientes alrededor admirablemente sembrados y cultivados hasta donde la vista logra alcanzar: los rubios trigales, ondulantes al beso de la brisa, y los campos de maíz, rumorosos siempre y ostentando en la gárrula caña las doradas espigas con que se corona aquel "jefe altanero de la espigada tribu." A lo lejos se recortan los clásicos perfiles del orgulloso Ximantécatl, uno de los mayores colosos de las sierras americanas; la cima se levanta sobre los cuatro mil quinientos metros, y generalmente está vestida de nieve, lo

que ha dado el nombre á la montaña. Aunque la mole colosal del Ximantécatl domina por completo el horizonte por el Sur, y las aristas del Ajusco y de las Cruces lo cierran hacia Oriente, á la vez que una vasta cordillera prolonga sus crestas á Occidente, no quedando, en consecuencia, abierto el valle de Toluca sino en dirección al Noroeste, la misma capital del Estado de México reposa al pie de eminencias más cercanas y menos importantes, pero que contribuyen á adornar el paisaje en cuyo centro se asienta la limpia y agradable población. Acercándose, al amanecer, á su riente caserío, la mirada se detiene complacida sobre aquel ameno conjunto, donde refulge con resplandores deslumbrantes el gigantesco domo de una cúpula encristalada y sobresalen por doquier las blancas torres de las iglesias. Y ascendiendo por las tardes á la abrupta loma de Oviedo, toda hecha de peñascos basálticos y porfiríticos, sobre la que se levanta la preciosa capillita del Calvario, se domina mejor el hermoso panorama de esta ciudad, cuyos cimientos so-

brepan en altura á las nubes que se ciernen sobre las poblaciones costaneras. (Toluca se halla á los 2,580 metros sobre el nivel del mar). A pesar de que no excede de los 30,000 habitantes, la población tiene pleno aspecto de ciudad moderna. Sus calles son anchas, rectamente delineadas, con buenos embanquetados y empedrados y suntuosos edificios, residencias particulares y templos y palacios de sólida arquitectura y excelente cantería. La mayor parte de las construcciones de importancia de la ciudad, están hechas de la magnífica piedra grisácea que se extrae de los cerros inmediatos. Hay multitud de paseos y jardines. La flora de la ciudad es famosa por tradición. El ramaje de las arboledas salpica aquí y allá la vista general del sitio, y atrae especialmente las miradas, magnífica y anchurosa calzada, bordada de árboles y flanqueada de elegantes residencias. Es la antigua calzada de Capultitlán, hoy llamada Paseo de Colón. Su perspectiva y ambiente son de los más bellos que se admiran en el país.



TEMPLO DE TEPOZOTLÁN. CUAUTITLÁN, ESTADO DE MÉXICO.

• 252 •

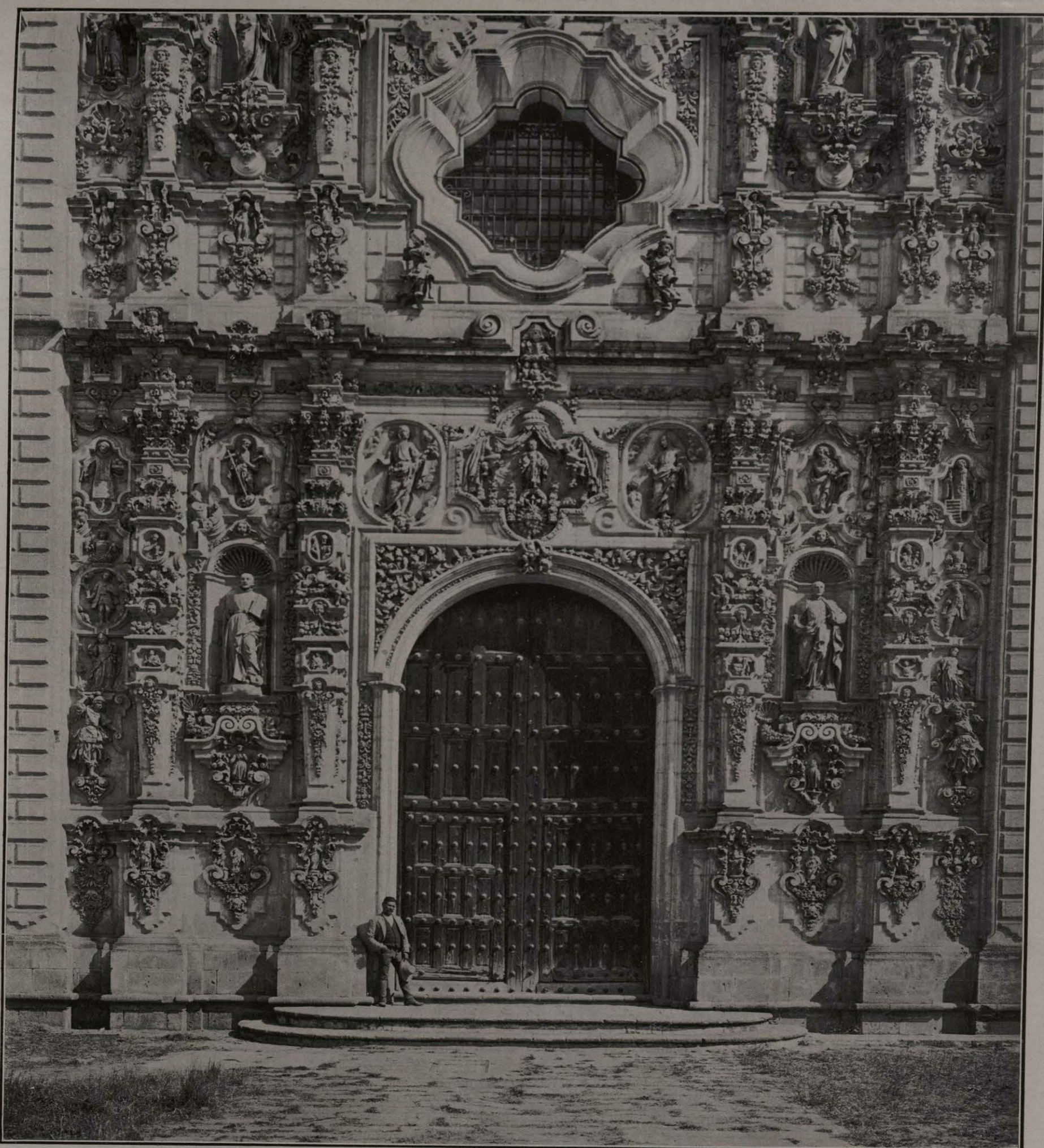
En la parte Norte del Valle de México, confinando con el sitio donde se asentaron los antiguos lagos de Xaltocan, San Cristóbal y Zumpango, aparece el risueño caserío del pueblito de Tepozotlán, famoso en muchas leguas á la redonda por su antiguo Colegio de jesuitas y la prodigiosa iglesia que en él levantó la Compañía de Jesús en los tiempos de su auge y esplendor.

De historia es este sitio, antiguo retiro de los miembros de la famosa orden, quienes hicieron de este Convento uno de aquellos centros misteriosos que poseían esparcidos por diversas regiones del globo; y á juzgar por el fausto que aquí acumularon, por la prolijidad, amplitud y perfección de los trabajos emprendidos por ellos en Tepozotlán, y por los datos que, no bien escrutados aún, existen respecto de este famoso Convento, puede asegurarse que fué, si no el principal, uno de los más importantes retiros que la Compañía de Jesús poseía, cuando dictaba sus órdenes á los Papas y á los reyes.

Templo, convento, capillas y todo cuanto los constructores edificaron

aquí, fué hecho para que durase siglos; y siglos ha durado en efecto. Perfecta es la conservación que guardan todos estos edificios, que harto injustificadamente algunos han calificado de ruinas. Los gruesos muros del que fué Colegio de jesuitas, parecen ayer enjabelgados; las poderosas bóvedas que cubren todos los cuerpos del edificio no muestran una hendidura, una grieta que el tiempo en ellas haya practicado; los enlosados patios, que refrescan, ora amplios algibes, rebosantes de puras aguas, ó que ora perfuman blancos azahares ó alegran con sus pomas de oro las naranjas, parecen convidar aún al silencio y á la meditación á los graves monjes, que tal creyérase discurren todavía por los limpios, anchos corredores, entre la galería de telas admirables que dijérase, por su nitidez, acababan de brotar del pincel de los artistas. . . . Y sin embargo, todo está quieto, callado, en reposo. . . . Las limpias celdas brillan vacías; el polvo sigue depositándose, día tras día, sobre el oro de los altares; los blandones ya no prenden fulguraciones sobre las áureas tallas de los retablos. . . . ¡Aquello es sólo el fantasma de antiguo esplendor!

(Continúa)



TEMPLO DE TEPOZOTLÁN. CUAUTITLÁN, ESTADO DE MÉXICO.

• 253 •

Sin ninguna exageración puede llamarse un laberinto á la diversidad de construcciones erigidas por los jesuitas en Tepozotlán. Forman entre todas un bloque macizo, en uno de cuyos ángulos se encuentra la famosa iglesia donde se admiran maravillosos retablos, que son orgullo del arte. Hacia otro de los ángulos, ábrese un claro y espacioso mirador, que servía á los monjes para divertir la vista por las primorosas perspectivas del valle. Alzado Tepozotlán sobre una pequeña colina, cercana ya á los montes que por el Noroeste limitan el valle de México, dominase desde el mirador hermosísima vista, todo un vasto distrito agrícola, cuyas verdes praderas alternan con las grises superficies de la tierra acabada de labrar. En lontananza asoman su frente los volcanes, y aun las montañas del Ajusco enseñan sus ásperos perfiles cuando no las vela la calina del valle. La iglesia de Tepozotlán fué dedicada á San Francisco Javier, patrono del Colegio. Pertenece al estilo churrigueresco, pero la decoración

y ornamentación de la obra, aunque esplendorosa y lujosísima, manifiesta cierta severidad y grandeza de concepción, que distingue notablemente á este templo de todos los otros, algunos muy bellos, que el arte churrigueresco dejó en el Continente; pues no se notan aquí ninguna de las exageraciones de ornato ni amaneramientos de ejecución característicos de los imitadores del fundador de este estilo. No se sabe qué admirar más, si la riqueza ó la hermosura de la obra. Todo es armónico y proporcionado; todo respira un plan bien concebido y ejecutado. Sin embargo, las obras completas duraron más de un siglo, pues no se alzó desde un principio la magnífica iglesia que hoy admiran los viajeros; empezó con una pequeña capilla levantada no muchos años después de la conquista, en el primer tercio del siglo XVI, si hay que creer á característico rótulo en madera, allí colgado, y en el que se lee una fecha que se remonta á mil quinientos treinta y tantos. . . .

(Continúa)